



## CAPITULO XIX.

Movimientos de los colonos con pretexto del pronunciamiento de Veracruz.—Ensayo de un gobierno revolucionario en Brazoria.—Actividad y acierto de las providencias del teniente coronel Ugartechea, para reprimir á los sublevados.—Ataque del fuerte Velasco.—Valor de su guarnicion.—Honradez de su comandante.—Capitulacion y evacuacion del fuerte Velasco.

DESPUES de haberse frustrado por tercera vez las pérfidas miras de los aventureros hácia las colonias de Tejas, y á pesar tambien de haber sido tan humillado, como queda dicho, el emprendedor Juan Austin en sus tentativas sobre Anáhuac, no desistió de reiterarlas, y dirigió sus planes contra el fuerte Velasco, que impedía la entrada del contrabando para Brazoria: al efecto tornó á escitar la codicia de sus compatriotas, consiguiendo reunir hasta doscientos hombres armados, y tomando por pretexto el pronunciamiento por el plan de Veracruz, para encubrir por entonces sus verdaderas intenciones de usurpar á la república la rica colonia de Tejas. Con este objeto se celebró á poco una junta revolu-

cionaria en Brazoria: se nombró un gobierno provisional, y armando la goleta *Brazoria*, con las piezas de artillería que habia dejado allí la *Sabina*, desde luego muy premeditadamente se dirigieron los revolucionarios por el rio Brazos sobre el fuerte Velasco, que mandaba, como queda dicho, el teniente coronel D. Domingo Ugartechea, cuya serenidad y valentía fueron suficientes para castigar aquella pérfida agresion, sin embargo de las reservas y modo sorpresivo con que la cometieron, y que pagaron bien cara los infames que la prepararon. Hé aquí un extracto del parte que sobre estas ocurrencias dirigió, como es de estilo, el teniente coronel Ugartechea al coronel Davis.

“El dia 23 del que finalizó (Junio de 1832), como á las cuatro de la tarde, se vieron venir hácia el fuerte, con bandera de parlamento, cuatro de los sublevados; y luego que se les contestó con otra de igual color, llegaron á las inmediaciones del fuerte; y preguntados por el objeto de su mision, contestaron que eran miembros de la junta que se habia formado en Brazoria, cuya poblacion, en consonancia con las demas de la colonia de Austin, se habia pronunciado por el plan de Veracruz; y que venian de parte de dicha junta y de los gefes de sus armas, á invitar al comandante del fuerte y su guarnicion para que hiciese otro tanto. Ugartechea desde luego rechazó la pretension, haciéndoles ver que siendo un grave atentado el que habian cometido atacando el punto militar de Anáhuac de la manera que queda referido en el capítulo anterior, no podia ocultársele que si últimamente

pretendian que se les tuviese como adictos al pronunciamiento de Veracruz, era solo para encubrir otras miras diferentes y por alcanzar la impunidad en que probablemente quedarian los culpables de aquel movimiento. Los comisionados repusieron que no tenian los suyos intenciones de pelear, aunque eran muy superiores en fuerzas; pero que si Ugartechea no se les quisiese adherir, se conformarian con que á lo menos no les pusiese embarazo á la salida de la goleta *Brazoria* que estaba á la vista; y como Ugartechea les observase que la tal goleta estaba armada con cuatro cañones, tenia á su bordo un número considerable de hombres armados, y era ya muy público que llevaba aquellas fuerzas para atacar el punto militar de Anáhuac, el comandante y la guarnicion del de Velasco, como soldados y como mexicanos, tenian la obligacion de oponerse á que cometieran aquel nuevo esceso, y les sobrababan asimismo la voluntad y la decision necesarias al efecto; y habiendo dicho por último los comisionados, que en aquel caso tenian órden de intimar la rendicion, á lo que Ugartechea les contestó que obrasen como quisiesen, se retiraron inmediatamente.

Como á las doce de aquella misma noche se observó que por el camino de *Brazoria* se acercaba al fuerte alguna fuerza, y que de entre éste habia salido tal vez casualmente un tiro de fusil. Ugartechea hizo disparar sobre ellos dos cañonazos, y estos bastaron á hacerlos retirar.

El día 24, como á las once de la mañana, se advirtió tambien desde el fuerte que se dirigian hácia él unos grupos de caballería, como en nú-

mero de ciento cincuenta hombres, los que á bastante distancia hicieron algunas demostraciones que indicaban ser enemigos; pero no se les quiso hacer fuego, ó por no desperdiciar las municiones, ó porque los facciosos se retiraron sin haber intentado otra cosa.

La mañana del 25 se aproximó algo mas la goleta, y por el lado de tierra, á cosa de media milla, se presentaron los sublevados en número de doscientos cincuenta hombres de caballería; pero no pasó otra cosa.

El 26 anduvieron reconociendo algunos de aquellos las inmediaciones del fuerte hasta fuera del tiro de fusil; pero tampoco se emprendió cosa alguna contra ellos, por parecer inútil hacerlo sobre unos cuantos dispersos, que no presentaban una masa en que pudiesen operar los tiros de cañon. A las oraciones de la noche se despacharon escuchas por toda la circunferencia del fuerte, por si los enemigos se preparasen á emprender algo sobre él; y pasada media hora se presentó el que estaba situado sobre el rio y dió parte de que la goleta se acercaba á toda vela; al mismo tiempo avisó el del lado de la mar, que habia percibido un ruido como de infantería; y al momento mandó Ugartechea romper el fuego de cañon sobre la goleta, cuyo velámen se distinguia á pesar de la oscuridad de la noche, y desde luego contestó al fuego que se le hizo.

Se dispuso igualmente que el teniente D. Juan Moret, con veinte hombres, bajase al foso para defenderlo si los enemigos se acercaban, entretanto que la demas fuerza lo hiciera desde el parapeto. Rompieron el fuego los enemigos, pa-

rapetados de la mucha palizada que cubria la playa, y como á distancia de cincuenta pasos del fuerte: la tropa de éste correspondió con el mayor denuedo; pero se observaba que el fuego que se les hacia de fuera, no era posible contrarrestarle con la fuerza que habia dentro; y aunque el gefe de la guarnicion vigilaba todas las avenidas con la poca gente de que ésta constaba, esto es, sesenta y cuatro infantes y nueve artilleros, como el fuego de los enemigos y el que sin intermision disparaban asimismo del fuerte, no permitian percibir ningun otro ruido, á pesar de tener por todos rumbos centinelas de observacion, los enemigos favorecidos igualmente de la oscuridad, pudieron alzar parapetos á diez y siete pasos del fuerte, y abrir fosos en la arena para cubrirse de nuestros tiros.

Al crepúsculo del dia siguiente, advirtió uno de los centinelas que se acercaba mucha gente hácia el fuerte, aunque silenciosamente, y al momento se les rompió el fuego, lo que tampoco impidió que la goleta se atracase en el rio, á distancia de doscientos pasos del fuerte, y continuase haciéndole fuego, al cual le correspondia con su cañon, cargando la mayor parte de los tiros sobre los enemigos parapetados, cuyo número pasaba de ciento y cincuenta hombres. El fuego de fusil se sostenia tambien con constancia y buen orden por la valiente guarnicion, sin dar ésta la menor muestra de descontento ó flaqueza: los enemigos gritaban desde sus trincheras: "*Viva Santa-Anna,*" y la tropa contestaba: "*Viva la República, la constitucion y las leyes; viva el supremo gobierno;*" y estos vivas se repetian con

el mayor entusiasmo en lo mas vivo del combate.

Como los enemigos tenian cuatro piezas, su fuego era demasiado vivo: la goleta estaba parapetada con tercios de algodón. El cañon del fuerte, sin embargo de ser uno, no cesó de contestar á los contrarios; pero como peleaban armados de rifles y carabinas, y el cañon del fuerte estaba situado á barbata, no podian dejar de hacer mucho estrago en los que lo servian, luego que viniese la nueva luz del dia. Así fué, que aunque en toda la noche solo tuvo la guarnicion dos heridos y algunos contusos, luego que comenzó á aclarar, y tanto la tropa como sus enemigos, pudieron dirigir mejor sus punterías, los estragos comenzaron á ser respectivamente mas notables; y con tal motivo, se ordenó al teniente Moret, que se hallaba todavia en el foso, que entrase al fuerte, que se levantase el puente y que cargase toda la fuerza sobre la trinchera de los enemigos.

Estos, á pesar de su mayor número respectivamente al de la valiente guarnicion que atacaban, solo pudieron resistir al denuedo de ésta hasta las nueve de la mañana, hora en que desalojaron sus posiciones y huyeron precipitados; lo que conocido por nuestra tropa, reanimó su bizarría en términos que solo habian quedado quince hombres capaces de hacer fuego, tanto por la inutilidad de los fusiles, como por la falta de piedras de chispa, y la mayor parte solamente podia resistir con la bayoneta armada: no solo aguardaban, sino que deseaban la hora del asalto, que si bien pudieron intentar aquellos, no llegaron á ponerlo en ejecucion.

Al momento de su retirada, á pesar de los fuegos de la artillería de la goleta, el comandante del fuerte hizo salir una guerrilla que les tiró los tablonés de sus parapetos, y que recogió diez y nueve carabinas, diez y seis pistolas, frascos de pólvora, balas, estoques y algunas hachas de mano que hallaron abandonados, y once muertos. Ugartechea mandó suspender los fuegos del fuerte, sin embargo de que los enemigos los continuaban haciendo desde la goleta, á pesar de un fuerte aguacero que á este tiempo comenzó á caer, y que desde luego perjudicó en gran manera á los nuestros. Viendo en fin los facciosos que no se les correspondían por la guarnición, hicieron también cesar los suyos, á escepcion de uno ú otro tiro que dirigían de cuando en cuando sobre nuestros centinelas, pero sin éxito.

El comandante del fuerte aprovechó esta suspensión para mandar ministrar á la tropa algún refresco, y que se trapeasen los fusiles, y de las carabinas que se habían recogido de los enemigos se les pusieron piedras á las que quedaban útiles: que se curase á los heridos, de los cuales *nueve* estaban de gravedad, y *diez* que eran los restantes, solamente inútiles por tener los balazos en las manos ó en los brazos, y solo podían correr riesgo por la falta de medicinas y facultativo. A esta pérdida debe añadirse la de otros siete soldados que habían quedado muertos, y al momento fueron enterrados. Reconocido también en el acto lo que había de parque, solo se hallaron cuatrocientos cartuchos para los cuarenta soldados que quedaban útiles, des-

pues de haber disparado cuatro mil seiscientos tiros de fusil y noventa y ocho de cañón; habiendo quedado de éste solo catorce cartuchos, los que se hicieron subir á veinte, con los frascos de pólvora y balas que se habían recogido de los enemigos. Para el pedrero chico no quedaba ya ningún tiro, por haberse gastado los setenta y seis que había; pero de aquella misma pólvora se construyeron inmediatamente otros cuarenta tiros. Tampoco se descuidó de alentar el valor de la tropa, haciéndole comprender que aquellos hombres eran unos ingratos, que solo aspiraban á usurpar aquel departamento á la nación, y que no necesitaban para volverlos á escarmentar mas que de sus bayonetas.

En este estado permanecían los nuestros á rechazar cualquier nuevo ataque, cuando en la tarde se vió con el anteojo, que una columna como de ciento cincuenta hombres de caballería se avanzaba hácia el fuerte; pero á distancia de media milla echaron pié á tierra y quedaban sin moverse ni dar apariéncia de intentar ningún ataque. Y como el que acababa de pasar había durado quince horas sin intermision, la guarnición había tenido fuera de combate casi la mitad de su efectivo, y solo contaba con un número muy reducido de armas útiles y de cartuchos de todas clases: no habiendo tampoco facultativo ni medicinas con que curar á los heridos, y en la notable circunstancia de que el destacamento se proveía de víveres de los mismos soblevados; todo hacia imposible aun la esperanza de ningún auxilio humano en aquellos desiertos, y hubiera sido una temeridad, una verdadera barbarie espo-

nerse á un nuevo conflicto, sin probabilidad alguna de mejorar de aquella penosa situacion, aun cuando se adquiriese un nuevo triunfo. Como. ciéndolo así el teniente coronel Ugartechea, que era un gefe tan valiente como sagaz, y tan prudente como activo, se propuso acudir á otros medios menos violentos para conseguir, en beneficio de aquel puñado de valientes, que todo esperaban de su prevision, valor y sensatez, todas las ventajas que le fueran posibles.

Con tal propósito, mandó enarbolar una bandera blanca que le correspondieron con otra por parte de los enemigos, quienes salieron de abordó de la goleta á formar á tierra en número de otros ciento cincuenta hombres; y entonces Ugartechea mandó al teniente Moret á que les fuese á decir que aquella bandera blanca que se habia alzado en el fuerte, no era con otro objeto que el de quererles manifestar que podian ir por los cadáveres de sus compañeros si querian darles sepultura. Juan Austin en respuesta mandó suplicar á Ugartechea, le hiciese favor de salir á contestar con él. Ugartechea, que lo deseaba, se dirigió para el campo en el momento, y allí lo abrazaron varios de sus amigos con quienes se encontró; y como eran de los mas acomodados de las colonias, lo obsequiaron con esplendidez, y le manifestaron su gratitud por el acto de humanidad que acababa de ejercer. A esto contestó aquel gefe, que esperaba merecerles otro, y era el de que le permitiesen mandar sus heridos á Brazoria, para que allí fuesen curados, á lo que se prestaron con las muestras de la mayor generosidad; y luego se dispuso sacar

dichos heridos del fuerte, y llevarlos á una de las pocas casas que habian dejado sin quemar, y que uno de sus facultativos se apresurase á socorrerlos con sus servicios, alabando en general el valor de los mexicanos, y diciendo á Ugartechea que á pesar de que los habia batido con furor, no tenia un enemigo entre los americanos. En seguida renovaron sus esfuerzos para persuadirlo á que se adhiriese al plan del general Santa-Anna, añadiéndole que en este caso todos se pondrian á sus órdenes; pero Ugartechea les contestó, que era inútil proponerle semejante accion, porque no estaba de acuerdo ni con su opinion, ni con su deber, ni su moral el cometerla, como desde antes se lo habia manifestado.

Despues siguió todavía una larga conferencia en que se propuso á Ugartechea que desocupando el fuerte y entregando las armas, lo dejarian libre para que con su tropa pudiese dirigirse para donde quisiese, y que le darian al efecto todos los auxilios necesarios; pero firme en sus principios, volvió á que solamente convendria en evacuar el fuerte si le dejaban salir con toda su tropa y todas sus armas, municiones y equipages y con los honores de la guerra; á lo que le replicaron que á todo accederian y hasta á darle un buque para que marchase con toda su gente á Matamoros, ó á Brazoria, pero sin armas, á lo que por último afirmó Ugartechea que sin armas ni municiones no lo haria jamas para ninguna parte, y que para no cansar, le fijasen de la hora en que se habian de romper de nuevo las hostilidades: en vista de tal resolu-

cion, quedaron emplazados para volver á tratar de la materia. En aquel instante regresó Juan Austin, diciendo, que ni la junta ni la division convenian en que quedasen armados los que guarnecian el fuerte, y en este supuesto Ugartechea se retiró á su reducto, decidido á perecer antes de consentir ver tratadas con tan poco honor á las armas nacionales.

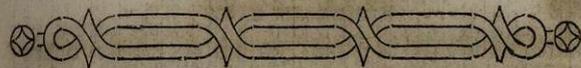
Esto pasaba en 28 del citado mes; y desde el momento mismo que volvió á poner los piés en el fuerte, Ugartechea se dispuso para hacer una defensa desesperada, animando eficazmente á su valiente tropa, que correspondia con vivas las insinuaciones de su gefe. Como á las oraciones de la noche, teniendo ya el puente de la fortaleza levantado, se acercaron dos personas á quienes se les dió el ¿quién vive? de estilo, y al contestarlo, suplicaron que saliera el comandante á hablarles. Uno de aquellos era el mismo Juan Austin, y el otro un miembro de la junta de Brazoria. Salió Ugartechea en efecto, y le anunciaron que todo estaba arreglado por parte de ellos, y que á la mañana siguiente firmarian solemnemente los convenios. En tal confianza, como á las siete de la mañana, los comisionados nombrados de los nuestros, que lo fueron el teniente D. Juan Moret y subteniente D. José María Rincon, arreglados á las instrucciones de Ugartechea, firmaron la estipulacion ó convenio referido, el cual se reducía á que se evacuaria el fuerte, llevando la guarnicion que lo cubria todas sus armas y municiones, equipages y cuanto le pertenecia, haciéndoseles los honores de la guerra, y que inmediatamente pasaria á embar-

carse para el puerto de Matamoros, en el buque que se les habria de franquear al efecto, y que precisamente deberia hallarse provisto de los víveres necesarios.

Como la goleta *Brazoria* en que los enemigos tenian su batería quedó inutilizada de resultas del fuego que les habia hecho el cañon del fuerte, convinieron recomponerla, para que pudiesen efectuar su navegacion en ella, si no se conseguia la *Elisabet*, que se hallaba rio arriba; y con tal motivo la *Brazoria* fué desocupada al momento y trasbordados á la *María Josefa* todos sus pertrechos de guerra, para que Ugartechea ocupase la primera con su tropa, como lo verificó; pero calculando despues que la compostura de la *Brazoria* era obra larga y algo difícil, se decidió nuevamente que los nuestros se trasportarian por el camino de tierra á Matamoros; y entretanto que subiese á Brazoria con su tropa, para que allá se le proporcionasen los bagajes y víveres necesarios para la marcha, y los auxilios para que pudiesen ser curados los heridos con mayor esmero que el que se habia tenido con ellos hasta entonces.

Este tan minucioso como fiel extracto del parte del teniente coronel D. Domingo Ugartechea, da la mas perfecta idea de la defensa que hizo del llamado *fuerte Velasco* [que apenas podia pasar por un mal *reducto*], la que en nuestro concepto fué tan honrosa para aquel honrado y valiente gefe, como para los subalternos y la tropa que le obedecieron; porque aunque es verdad que al fin capituló y el puesto quedó en poder de los revoltosos, pero tambien lo es que éste

triunfo les costó á aquellos mas de veinte muertos y cincuenta heridos, y que la capitulacion se hizo con honor y cuando no le quedaba otro ningun arbitrio y se veia reducido á menos de la mitad del efectivo de la guarnicion, sin víveres, armamento, municiones ni medios con que atender á sus heridos, y sobre todo, sin esperanza ninguna de poder ser auxiliado de ninguna parte. ¿Qué otro recurso, pues, podia adoptar ni le quedaba para conservar la vida y la de los pocos valientes que restaban, y que tan acreedores eran á ella por su heróica decision y constancia?



## CAPITULO XX.

Sorpresa y errores del coronel Piedras en su conducta con los facciosos.— Su comunicacion al coronel Davis.—Su partida de Anáhuac para Nacogdoches.—Relacion de los sucesos de Anáhuac, por el coronel Davis hasta fines de Abril del año siguiente.

EL coronel D. José de las Piedras, comandante militar de la villa de Nacogdoches, habia recibido órden del general Terán para bajar á Anáhuac, y arreglar del modo posible el órden que se habia alterado en aquel establecimiento, como ya dejamos dicho arriba; y en efecto se puso en marcha con solo dos hombres para estar allí á fines de Junio, ignorando absolutamente lo que estaba pasando en el fuerte Velasco en aquellos mismos dias. En las inmediaciones de Anáhuac, se encontró con una partida de colonos sublevados, que lo quisieron detener; y para evitar cualquier atropellamiento contra su dignidad y persona, les dijo que si el motivo de su descontento era no habérseles entregado á Travis y sus compañeros presos en Anáhuac, ó la permanencia de Davis de comandante en aquel